que las penitencias públicas sustituyesen á las privadas, con que maceraba su cuerpo, ya debilitado é incapaz de sobrellevarlas. Pero ella no rebajó nada de sus pretensiones y respondió simplemente: Yo no creo que la edad, que no me impide llevar el hábito de religiosa, pueda impedirme el cumplir con los deberes de mi estado. Puesto que tengo la honra de ser, por antigüedad, la primera en la Órden, debo serlo tambien en todos los ejercicios de la religion. El Hijo de Dios acabó su vida como la habia empezado, humillándose hasta la cruz; y yo, que la empecé mal, debo tratar de acabarla bien (1).„

Sin embargo, hay una gran diferencia entre humillarse uno á sí mismo y consentir en ser humillado. Se puede con una mediana virtud amar cierta clase de humildad, que frecuentemente no es mas que una ilusion del amor propio; es menester una virtud consumada para abrazarse con la humillacion que repugna tanto á nuestra naturaleza. Y por ahí es precisamente por donde se puede juzgar cuán sólida fue la humildad de la Madre de Lestonnac. Qué de humillaciones vinieron una tras otra á descargar sobre ella y á poner á prueba su virtud! Recordemos las acusaciones calumniosas que desnaturalizaron sus mejores intenciones: la indignacion de un gran Cardenal, cuya buena fe habian logrado sorprender, y que la llenó de confusion, abrumándola con reconvenciones, tan amargas como inmerecidas: la poca ó ninguna consideracion que le guardaron, al quitarle el gobierno de la comunidad: los indignos tratamientos que tuvo que sufrir de la que le sucedió en su cargo. En aquellos tres años que duró este tiempo de prueba, jamás salió de su boca una queja, jamás pretendió justificarse. Tranquila y satisfecha con el testimonio de su conciencia, sostuvo este diluvio de desgracias con una paciencia heróica, sin la menor alteracion de su carácter apacible (2).

Estas disposiciones generosas explican bien la guerra sin compasion que la sierva de Dios, como el apóstol San

(1) Beaufils, p. 278.
(2) Beaufils, pp. 273 y 280.

Pablo, habia declarado á su cuerpo, para cumplir en su carne, castigándola y reduciéndola á servidumbre, lo que faltaba á los sufrimientos de Jesucristo (1).

Empezada durante su noviciado de las Fuldenses, esta guerra no debia acabar sino con su vida. Si algunas veces se vió obligada á interrumpir sus habituales austeridades, Dios supo apagar su sed de sufrimientos, agobiándola con otros achaques, que ella consideraba como castigo de sus infidelidades. Tan pronto eran cólicos violentos que le desgarraban las entrañas, como descaecimientos que la reducian á una especie de agonía; ó bien expectoraciones de sangre, que la dejaban extenuada. Estas dolencias, consecuencia natural de los excesos de sus penitencias, alteraron su temperamento robusto; y quedó sujeta todo el resto de sus dias, á una multitud de enfermedades, que sin quitarle la libertad de hacer algo, le causaban cruelísimos dolores.

Cuando abrió en Burdeos la primera casa de la Órden, escogió para sí el aposento más incómodo, y soportó muy á gusto todos los inconvenientes que resultan de una extrema pobreza: porque muchas veces, como observa uno de sus biógrafos, hubo que guardar ayunos no prescritos ni por la Iglesia, ni por la regla. No comia mas que una sola vez las dias de comunion: los viérnes, los pasaba sólo á pan y agua; durante la cuaresma, no tomaba mas que legumbres á medio cocer y sin condimento alguno, y en el resto del año ayunaba con mucha frecuencia (2).

A la abstinencia y á los ayunos añadia vigilias frecuentes y prolongadas, dormir en el duro suelo, disciplinas sangrientas, cadenas de hierro, cilicios y en una palabra, todos los instrumentos de penitencia usados comunmente por los santos para crucificar sus cuerpos. Usaba, durante el invierno, una especie de calzado que, dejando la planta de los piés descubierta, le hacia sentir más el frio. Aún des-

(1) I. Cor. IX, 17; Col. I. 24.
(2) *Mémoire sur les vertus*, n.º 106.

pués de su muerte, encontraron todavía cubierto el cuerpo de cintos y jubones de hierro erizados, por dentro, de puntas agudísimas. Todos estos rigores los hubiera extremado más aún, si los confesores no le hubieran puesto coto, mostrándole que eran positivamente contrarios al espíritu del Instituto. Este prescribe, en efecto, otro género de santidad, que consiste en las maceraciones de la carne, y quiere que sea domado el cuerpo por el espíritu, y que se procure encontrar en la vida comun un género de perfeccion no comun (1). Pero, sumisa á la direccion de la obediencia, esta apasionada amante de la cruz, recurria á todo un sistema de compensaciones y su espíritu de sacrificio le sugeria mil medios de crucificar su carne.

"Sabia por otra parte, repetiremos con el P. Teyssèdre, que si la penitencia exterior ha de tener forzosamente algun límite, la del corazon no conoce ninguno. Aplicó para sí este principio, en todo su rigor, le adoptó por regla de todos sus afectos. Esto era abrir un campo vastísimo á su pasion de sufrir: y le recorrió todo entero. (2)„ Cuando se consagró á Dios en la vida religiosa, su sacrificio fue un holocausto sin reserva. No se contentó con dejar todos sus bienes, ni con renunciar al mundo y á sus placeres: inmoló una víctima mas noble, su espíritu con todas sus luces, su corazon con todos sus afectos. Puede afirmarse que no volvió á tomar jamás lo que una vez habia dado: y así su constancia en vencerse le valió un imperio absoluto sobre los menores movimientos de las pasiones. De esta suerte, adquirió una igualdad de ánimo imperturbable, que elevándola sobre todo humano sentimiento, no le permitia conocer más impulso que el de la gracia divina.

Esta igualdad de ánimo no fue turbada ni alterada nunca, ni siquiera por los sucesos más tristes y más aflictivos. Vió con una perfecta conformidad con la voluntad de Dios desaparecer sucesivamente á casi todas las personas de su fa-

(1) *Mémoire*, nº. 106.
(2) *La Vénérable Mère Jeanne de Lestonnac*, p. 52.

milia, á pesar de las circunstancias dolorosas que acompañaron á la muerte de algunas de ellas. Juana Eyquem de Montaigne, su madre, habia persistido en la profesion del Calvinismo, con una obstinacion que nada pudo vencer. "Ni las amonestaciones de su esposo, refiere el P. Beaufils, ni las exhortaciones ni las lágrimas de su venerable hija, ni las oraciones, ayunos, penitencias y otras buenas obras de muchas almas piadosas que no cesaban de pedir á Dios su conversion, nada absolutamente pudo impedir que muriese en el endurecimiento de su corazon.„

Tal muerte, que dejaba tantos temores por su salvacion, era mas que suficiente para abatir á una alma llena de sentimientos religiosos: pero su corazon elevándose sobre los sentimientos de la naturaleza, y no escuchando más que las inspiraciones de la fe, adoró con humilde silencio y ciega resignacion la profundidad de los juicios de Dios (1).

La serenidad misma del rostro de Madama de Lestonnac, indicio de la tranquilidad de su alma, no se desmintió jamás, ni cuando la aquejaban los dolores agudos de la enfermedad, ó los achaques de la vejez, ni las contradicciones, injurias y burlas de los hombres perversos ó de los que se oponian á sus planes. Insensible á todo lo que no era Dios, podia en verdad exclamar con el gran Apóstol: "Vivo yo; ó más bien no soy yo el que vivo, si no que Cristo vive en mi (2).„

Desprendida de todo lo de aquí abajo, la Venerable Juana de Lestonnac remontaba naturalmente el vuelo hácia las altas regiones; y Dios la remuneraba con el don de una oracion sublime, "porque se complace en comunicarse de la manera más íntima á aquellas almas generosas que, habiendo crucificado su carne con sus concupiscencias, no viven más que de la vida del espíritu. Desde su infancia, tuvo tal aficion al ejercicio de la meditacion, que no podia venirle si no del cielo. Las obligaciones de la vida conyugal no destruyeron en manera alguna esta dichosa inclina-

(1) Beaufils, p. 283.
(2) Galat, II. 20.—Véase *Mémoire* etc., n. 44.

cion, y precisamente de las fuentes vivas de la oracion, es de donde sacaba las fuerzas necesarias para cumplir bien sus obligaciones de esposa y de madre. Cuando se rompieron los lazos que la ataban al mundo, se dió tan de lleno á la contemplacion, que la vida mística no tuvo ningun secreto para esta alma, ya toda de Dios. Más adelante, en la vida religiosa, no perdió un solo momento de los destinados por la regla á este santo ejercicio, y empleó las horas de la noche en reparar lo que las ocupaciones del dia le hubiesen quitado. Temiendo, finalmente, que este ardor encendido en su alma por el Espíritu Santo, pudiera llegar á entibiarse, pidió con mucha instancia á Dios le diese el espíritu de oracion, le inspirase amor á ella y le facilitase su práctica. (1).

No hay duda sino que Dios oyó esta súplica tan agradable á su corazon. Este seria el momento de citar los singulares favores de que gozaba, y las luces sobrenaturales que le descubrian ó la profundidad de nuestros misterios, ó los sucesos futuros. Pero, ya lo hemos dicho: ella quemó, ántes de su muerte, todos los escritos que hubieran podido darnos á conocer estas comunicaciones divinas: y sus directores, que murieron todos ántes que ella, se llevaron consigo sus secretos al sepulcro. Podremos, sin embargo, juzgar lo que pasaria en su corazon, por las señales que aparecian en el exterior. Horas enteras permanecia inmoble, de rodillas y extendidos los brazos por conformarse con Cristo crucificado, sin sentir ninguna fatiga de esta postura violenta. La interior alegria que inundaba su alma, hacia su cuerpo insensible á las impresiones del dolor. Se podia pasar y volver á pasar cerca de ella, hablar en alta voz, hacer ruido; ella permanecia en el mismo estado, no teniendo ojos para ver, ni oidos para oir, como si hubiese perdido el uso de los sentidos (2).

Pero el Espíritu Santo sopla donde quiere y cuando

(1) *Mémoires,* etc. núms. 27 y 28.
(2) Beaufils, p. 290.

quiere; y así las tinieblas sucedian algunas veces á la luz y la desolacion á la consolacion. Entónces ella experimentaba esos abandonos, sequedades y turbaciones con que Dios suele probar de vez en cuando á las almas que le son más queridas. Pocas almas religiosas hay, en efecto, que no conozcan esa noche espiritual, en la cual, apénas se perciben las luces de la fe. Pero en estas alternativas en que tantas otras se desaniman, ella mostró siempre una invencible constancia, buscando á Dios con tanto mayor ahinco, cuanto más parecia alejarse de ella. De buen grado, en medio de estas horas de tristeza, sacrificaba estos gustos sensibles al beneplácito de su Criador y encontraba una especie de consolacion en el mismo no experimentar ninguna (1).

Dios, que no se deja vencer nunca en generosidad, recompensaba tan generosos esfuerzos con inefables visitas de la gracia. El cielo, breves instantes nublado, recobraba súbitamente su serenidad primera, y el Sol de justicia derramaba á torrentes un dulcísimo calor en esta alma iluminada con sus celestiales rayos. El rostro radiante de la Venerable, ménos luminoso sin duda que el de Moisés en las alturas del Sinaí, conservaba sin embargo como un vivo reflejo de la faz divina. Mas de una vez, su mismo corazon, no pudiendo contener la abundancia de las consolaciones, prorrumpía en acentos que recordaban el lenguaje inspirado de los profetas (2).

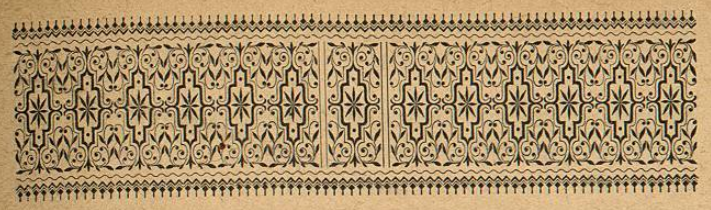
La soledad del claustro no era siempre para ella una condicion indispensable para el ejercicio de la oracion: se le habia hecho éste tan familiar, que se entregaba á él fácilmente en todo tiempo y en cualquier lugar. Asi que daban la señal para la oracion, todas las potencias de su alma, cualesquiera que fuesen sus anteriores ocupaciones, se encontraban al punto perfectamente libres y se unian á Dios sin esfuerzo alguno. En los viajes, no pudiendo fácilmente

(1) Beaufils, p. 292.
(2) Teyssèdre, p. 5.

darse á la oracion, esperaba á que se hubiesen dormido sus compañeras, para satisfacer su fervor á costa del sueño. Sospechando este su piadoso artificio, más de una vez las Hermanas convinieron en hacerse las dormidas, para poder observarla mejor. Entónces la vieron de rodillas, con un crucifijo en la mano, el cuerpo inmoble, los ojos elevados al cielo y el rostro bañado en lágrimas (1).

Sin embargo, que nadie se engañe: la Venerable sierva de Dios no era tan temeraria, que fuera buscando estos estados sublimes de oracion; el Esposo celestial es quien cuida de elevar á tanta alteza, á las almas que él mismo ha escogido. Por esto se contentaba ella con andar por el camino trillado, hasta que el atractivo interior la impulsaba á levantar más alto su vuelo. Durante mucho tiempo su método de oracion fue la meditacion ordinaria, es decir, la aplicacion de las potencias del alma á las verdades de la fe, ó á los misterios de la vida de Nuestro Señor. Y porque sabia que San Ignacio de Loyola es un maestro excelente para guiar á las almas á la perfeccion, quiso que sus Hijas se sirvieran de sus *Ejercicios espirituales* para adelantar con seguridad en la via difícil que conduce á Dios (2).

(1) Beaufils, p. 293.
(2) *Mémoire sur les vertus*, n.º 28.



CAPITULO IX

DE LAS VIRTUDES DE LA VENERABLE JUANA DE LESTONNAC

(Continuacion)

En gran manera contribuyó á facilitarle el ejercicio de la oracion, la santa costumbre de andar continuamente en la presencia de Dios. La Venerable Juana de Lestonnac tenia especial cuidado de no perder nunca de vista á Aquel, de quien recibimos el ser, el movimiento y la vida. Le encontraba por doquiera, en medio de su corazon, en la soledad, dirigiendo los sucesos por su providencia, aun entre el tumulto de los negocios. Si alguna ocupacion venia á distraer su espíritu, todo se lo recordaba: la vista de las criaturas, sus imágenes, la necesidad que tenia de sus luces, la precision de reclamar sus auxilios y el reconocimiento por sus beneficios. Segun el testimonio de varias personas que la trataron intimamente, como las Madres de Raymond, de Fonteneil y su nieta Juana de Montferrant, frecuentemente interrumpía sus conversaciones con la comunidad, y empezaba á cantar las alabanzas de Dios, ó á hacer actos de fe en nuestros